

¿Qué es la etnografía? Segunda parte. Inscripciones, extensiones y recepciones del trabajo de campo

Daniel Cefai*

Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales, París, Francia

RESUMEN

En esta segunda sección del artículo “¿Qué es la etnografía?” veremos otros ámbitos de la etnografía relacionados con su singularidad, en tanto método y herramienta de investigación. Revisaremos aquí la importancia de la reflexividad del investigador en relación al trabajo en terreno, a su biografía, a los prejuicios personales y a las decisiones teóricas. Un primer punto aborda la importancia de las cadenas de escritura, que van desde un cuaderno de campo hasta la publicación de un texto, pasando por la agregación de un ‘corpus de datos’. Este trabajo de escritura sigue al trabajo de investigación. Luego volvemos sobre dos críticas de la etnografía: la primera reduce la etnografía a un estudio de los microprocesos de la vida colectiva y al sitio etnográfico, a un territorio cerrado; la segunda quiere que la etnografía no produzca sólo descripciones empíricas, sin alcance teórico. El artículo muestra cómo el estudio de caso ampliado o el análisis de situaciones y de procesos son maneras de tratar las ‘estructuras sociales’ y los ‘procesos históricos’ y de hacer teoría manteniéndose arraigado en una experiencia de situaciones concretas. Finalmente, la reflexión sobre los procesos de difusión, recepción y aplicación de la etnografía, y sobre las distintas formas de compromisos implicadas en ella –sociología pública o antropología aplicada– da lugar a algunas observaciones sobre la perspectiva de un pragmatismo etnográfico.

* Daniel Cefai es *Directeur d'études, École des Hautes Études en Sciences Sociales*, París, e investigador del Centro de Estudios de Movimientos Sociales (CEMS), Institut Marcel Mauss. La primera parte de este artículo fue publicada en el número anterior de revista *Persona y Sociedad* (XXVII, enero-abril 2013). La traducción es de Consuelo Biskupovic, con la ayuda de Fabien Le Bonniec y Eduardo Canteros, a quienes el autor agradece profundamente. Muchos de los puntos discutidos en este artículo tienen relación con dos libros: Cefai (2003, 2010).

Palabras clave

Compromiso, escritura, etnografía, teoría, terreno

What is ethnography?

Part two. Inscriptions, extensions and receptions of field research

ABSTRACT

This second part of “¿Qué es la etnografía?” focuses on specific issues about ethnography. As in the first part, it proposes a theoretical reflection about the uniqueness of ethnography, compared with other methods in social sciences. The paper starts with the classical theme of writing ethnography. It contends – criticizing by the same way the rhetorical perspective – that the multiples chains of writing, from jotting raw notes to making public a text, are ways to pursue the field inquiry. Then, it turns to a recurrent critique of ethnography: its limitation to the micro-dimensions of social life, with no sensitivity to “structures” and “processes” – a situation worsened by the circumscription of the ethnographic setting as an enclosed territory. But for one century, different ways to extend, in time and space, the limits of the ethnographic inquiry *in situ*, have been experimented – here are mentioned the different versions of multi-sited ethnography, situational analysis and extended case study. A second critique is examined: the limitation of ethnography to empirical description and its incapacity to deal seriously with theory. But clearly, be the ethnographic method based on analytic induction or inspired from hypothetical-deductive models, it promotes new ways to produce theory. Last, a few remarks on the processes of diffusion, reception and application of ethnography leads the author to examine different forms of commitment, as public sociology or applied anthropology, and to state a few remarks on the perspective of an ethnographic pragmatism.

Keywords

Engagement, writing ethnography, theory, fieldwork

Introducción

Luego de haber detallado algunas singularidades de la etnografía en relación a los tipos de encuesta por sondeo o a las investigaciones en laboratorio, el problema en la primera parte de nuestro artículo se centró en mostrar el carácter irremediabilmente situado y encarnado de la etnografía. Insistimos en la importancia

de la reflexividad del investigador en relación al trabajo en terreno, a su recorrido biográfico, a sus prejuicios personales y a sus preferencias teóricas.

El análisis de algunos problemas que surgen en el juego de las interacciones habituales con respecto a los encuestados¹ terminaba, en el ensayo anterior, con el asunto del informe y el sentido que se forma en los contextos de experiencia. Esta delicada operación de dar cuenta (*to account*) es indisoluble del trabajo de escritura, sobre el cual comienza esta segunda parte de nuestro artículo. La etnografía, como su nombre lo indica, es una ‘grafía’. Implica largas cadenas de escritura, que van desde la simple toma de notas hasta la constitución de un cuaderno de campo; luego viene el trabajo de indexación, codificación y análisis del ‘corpus de datos’. La escritura no es más que una manera de seguir con la investigación que permitirá ampliar el alcance de esta por las vías de la comparación o de la historia. Esto asegurará el paso de la descripción hacia formas más sofisticadas de explicación y de interpretación, y, por lo mismo, de interrogación teórica. Desde luego, todas estas operaciones pueden, de vuelta, tener efectos en el trabajo de observación, de entrevistas o de búsqueda en los archivos. El corpus de datos se amplía a lo largo de todo el análisis. Una vez que el texto ha sido publicado, y que encontró un público, a través de distintas modalidades de restitución y de recepción, las preguntas que le son hechas continúan haciéndolo vivir y relanzando la investigación.

En esta segunda parte del artículo, recorreremos primero distintos procesos implicados en la escritura etnográfica. Esta última es considerada como parte del desarrollo de la investigación y no como el término de esta. Resulta por lo mismo interesante detenernos en cómo la descripción etnográfica se combina con otros modos de investigación, pudiendo, por ejemplo, considerar estudios de caso ampliado o procesos sociales en períodos largos. Terminaremos viendo algunas relaciones entre etnografía y teoría, haciendo hincapié en la descripción y observación como bases para las “construcciones de segundo nivel” (Schütz, 1961) del edificio teórico.

Las cadenas de escritura: anotar, describir, contar

El momento de la descripción es extremadamente importante cuando hacemos etnografía, ya que las explicaciones y las interpretaciones están fundadas en las descripciones y sólo pueden ser pertinentes e innovadoras si estas lo son. Jack Katz

¹ Para las traducciones de algunos términos como ‘encuesta’ y ‘encuestado’, ver la primera parte de este artículo. (N. del T.)

dice que el ‘porqué’ deriva del ‘cómo’ (Katz, 2001b, 2002). Una buena descripción entrega todos los elementos a partir de los cuales las relaciones desde la causa hasta la consecuencia, desde el evento hasta la perspectiva, desde el contexto hasta la expresión o desde la estrategia hasta la acción, pueden ser inferidas. Pero, una buena descripción nos hace sentir y experimentar los lugares y los momentos, nos muestra las acciones e interacciones, como si estuviéramos presentes. Debe retener nuestra atención haciendo preguntas y suscitando interrogaciones, señalando situaciones problemáticas desde el punto de vista de los encuestados o del observador. Debe entregar numerosos detalles concretos, respetuosos de disposiciones espaciales y de cursos temporales. Katz da como criterio de apreciación el que la etnografía sea ‘reveladora’, ‘colorida’, ‘viva’, ‘rica’, ‘variada’, ‘situada’, ‘matizada’, ‘enigmática’, ‘con valor estratégico’, ‘de una gran riqueza’, ‘de textura densa’ o ‘finamente matizada’.

Las sucesivas etapas, atravesadas en terreno, y las pruebas que estas crean, se ordenan en un texto que se niega a dar rápidamente las claves explicativas o interpretativas. El trabajo de escritura se apoya tanto en notas de terreno, anotadas diariamente en un cuaderno, como en textos ya disponibles: conversaciones discontinuas, entrevistas etnográficas cara a cara, documentos administrativos, corpus de prensa, actas de policía y de justicia, obras literarias o rumores de la calle... Existe una diferencia que debe ser aclarada, como hemos visto, entre los materiales de observación, de primera mano, los testimonios y las historias recogidas en terreno, y las huellas documentarias que hay que contextualizar lo más posible. Es muy raro que una etnografía se apoye únicamente en informes de observación: integra casi siempre otros textos que no son de autoría del etnógrafo (ver Geertz, 1973; Clifford, 1983), los cuales no son considerados en primer grado, sino que en tanto portadores de un sentido objetivo. Estos textos, escritos por otros, responden a exigencias prácticas, tienen objetivos estratégicos o incorporan lógicas institucionales, como en el caso de informes hechos por ministerios u ONG, expedientes de casos como un terremoto o una inundación, o un expediente judicial de algún caso que nos interese investigar. El etnógrafo recurre entonces en este caso a métodos que ya han sido comprobados, que no están muy alejados de la crítica historiográfica o que son a veces similares a la investigación periodística.

Pero la descripción, en el sentido estricto, fundada en la observación, es en sí el producto final de cadenas de escritura, resultantes de la actividad del etnógrafo: notas de terreno, mementos reflexivos, redes de observación, diarios íntimos, correspondencias eruditas, transcripciones de notas, borradores intermediarios, artículos científicos, informes de expertos y textos de vulgarización (Sanjek, 1990; Lofland, Snow, Anderson, Lofland, 1994). Está hecha de consideraciones anotadas rápidamente, de recuerdos de corto plazo, de impresiones afectivas y de sensaciones

perceptivas, de pequeños esquemas, de cuentas y, ya en esta etapa, de borradores de descripciones, esbozos narrativos y apuntes analíticos. Las anotaciones fijan por escrito un sentido vivido y practicado en situación. Pero, si no prestamos atención, estas notas se despegan rápidamente de las escenas observadas. El etnógrafo debe dedicarse al método –que requiere bastante concentración– de restituir *verbatim* pedazos de discusión, sensibilizar respecto de la espacialidad y la temporalidad de los cursos de acción, identificar los dispositivos de categorización en las interacciones, considerar la situación como un nudo de perspectivas que se coordinan las unos con las otras. Cuando describe una acción debe –cuanto le sea posible– ser capaz de responder a las preguntas: ¿cuál es su objeto?; ¿quién la lleva a cabo?; ¿dónde?; ¿cuándo?; ¿cómo?; ¿con quién?; ¿contra quién?; ¿desde qué punto de vista?; ¿a causa de qué?; ¿en vista de qué?; ¿con qué consecuencias?

Observar y describir son actividades que requieren una mezcla de receptividad y espontaneidad. La toma de notas en terreno debe supuestamente dar cuenta de la ‘realidad’ y tendría entonces el valor de ser una copia fiel del original. Pero, al mismo tiempo, esta descripción original incluye momentos de memorización y de olvido, de anotación y selección, de resumen y reformulación. El etnógrafo está al mismo tiempo comprometido en el flujo de experiencias y actividades que constituyen la situación, donde adquiere un cierto ‘estatus de participación’ (Goffman, 1963). Y está también distanciado, convirtiendo su experiencia de terreno en un corpus de datos, inventando en el momento tácticas para saber más, activando su imaginación para comprender lo que sucede a su alrededor. La finalidad de su presencia en el terreno no es solamente sumergirse e impregnarse, sino también recolectar datos.

Al comienzo de su estudio, debe anotar todo, ahogarse en el excedente de información, pues no sabe lo que le será útil posteriormente. Si ya ha comenzado la investigación, es más selectivo, su atención es menos flotante y más focalizada. Pero debe al mismo tiempo permanecer abierto a lo imprevisible y a la sorpresa. En el proceso de descripción, el etnógrafo se expone a situaciones que no siempre controla, se deja estremecer por emociones y persuadir por materiales que no ha escogido. Intenta además traducir su testimonio usando palabras comprensibles para el lector, cortando y agregando elementos a las notas que ha puesto en limpio, las que va organizando en carpetas, siempre sometiénolas a preguntas, codificándolas y analizándolas.

Los defensores de la retórica y de la semiología, que desde mediados de los años 1970 han insistido en las figuras argumentativas y en las estrategias discursivas (Gusfield, 1981, 2000) inherentes a la escritura etnográfica, apuntaron al carácter textual de la etnografía. Para esto dirigieron sus críticas hacia la ‘ilusión referencial’

o ‘creencia realista’ en la que caería la escritura etnográfica en algunas ocasiones (Marcus y Clifford, 1986; Atkinson, 1990). Pero, cometieron un doble error. Por un lado, hicieron como si el etnógrafo fuese un gran manipulador, capaz de inventar historias sin ningún problema, buscando asegurar su autoridad frente a los lectores, poniendo en escena el testimonio del ‘yo estaba ahí’ y *poniéndose* en escena en la narración –acreditando su buena fe y, según algunos, logrando sacar beneficios de una actitud heroica de explorador en medio de *sus* ‘salvajes’, al mismo tiempo que certifica la veracidad de su descripción, fundada en el testimonio de primera mano (Malinowski, 1967). Por otra parte, hicieron como si la ‘realidad’ no fuese más que un ‘efecto de discurso’. En el caso de los más radicales, disolvieron la cuestión de la validez y, también, en cierta medida, la de la responsabilidad científica.² De esta manera acercaron las ciencias sociales a la literatura, intentando a veces, de manera más o menos lograda, formas dialógicas, dramáticas o poéticas, al margen del género que predomina en la novela realista de la monografía clásica, pero más preocupado, aparentemente, por una originalidad formal que por una fidelidad empírica.

La etnografía, está claro, no es una ‘copia de la realidad’. Lo cierto es que la escritura etnográfica, como cualquier actividad intelectual, pone en marcha un trabajo de imaginación, haciendo advenir una inteligibilidad narrativa enraizada en la experiencia práctica de los encuestados. Sin embargo, se distingue por el hecho de usar métodos de codificación calificativa, componiendo frases descriptivas y analíticas según reglas de género y convenciones de estilo, inscribiéndolas en constelaciones teóricas y siguiendo estrategias de argumentación. Pero es en este punto donde comienzan los problemas.

Primero que nada, la escritura etnográfica no es un simple ejercicio literario: da cuenta de la investigación, sobre todo de sus resultados, y de sus operaciones, cuando es necesario. Lejos de dar nacimiento a un relato de ficción, o de caer, aunque siempre existe la tentación, en el relato ego-etnográfico, esta fase de las operaciones implica generar comprensión a posteriori. Un buen ejemplo de esto –un modelo muy conocido en Francia– es el de Jeanne Favret-Saada³ y sus trabajos sobre

² Geertz (1988) es uno de los pocos que mantuvo una responsabilidad en tanto que autor sin buscar una simetría en la relación entre investigador y encuestado.

³ A partir de los años 1970, Favret-Saada comenzó a estudiar la brujería en una región rural de Francia. Al llegar al terreno se dio cuenta de que las personas no le hablaban de este tema directamente. Fue entonces cuando empezó a anotar sistemáticamente las conversaciones, incidentes y todo aquello que pudiera tener relación con la brujería, hasta la manera en que las personas evitaban el tema. Luego de muchos fracasos, notó que para abordar esta cuestión no se puede hablar *sobre* la brujería, sólo se puede *estar* embrujado, *ser* brujo o *haber sido* desembrujado. Estos procesos los relata en sus cuadernos de campo que han sido publicados al francés pero aún no han sido traducidos al español. (N. del T.)

la brujería.⁴ Su libro *Corps à corps* no es, como se ha dicho, una ficción narrativa sacada de un diario de terreno. Las decisiones editoriales hechas por Favret y Contreras no obedecen tanto a criterios literarios como a un esfuerzo reflexivo que intenta reaprehender el movimiento de la investigación, para darle al lector los indicios de la gestación del primer libro y, al mismo tiempo, para remover el análisis mediante el trabajo de recomposición. La calidad de las notas de terreno de Favret hace que no estemos tanto frente a un relato de ficción como frente a reportes (*accounts*) circunstanciados, que nos dan acceso a la investigación tal como fue hecha, con sus desorientaciones e incomprensiones, sus deambulaciones e iluminaciones, sus exploraciones y bifurcaciones.

Por otra parte, la escritura etnográfica remite también al proceso de desarrollo de una investigación, y no necesariamente a su culminación. En este desarrollo del trabajo de investigación que incluye la escritura etnográfica, es difícil disociar una fase de recolección de datos de una fase de redacción del análisis. No estamos ni en una fantasía novelesca de una imaginación desatada ni en la falsificación rigurosa de hipótesis preestablecidas, sino que frente a un trabajo continuo de revisión, que es elemento activo de la investigación. Las etapas de escritura hacen parte del proceso de control de fiabilidad de los datos y de validez de las interpretaciones, que requieren seguir paso a paso la relación entre la información, la observación de discursos y acciones, la documentación respecto de narraciones de un evento, la evaluación del valor de las observaciones y de los testimonios, reflexionando al mismo tiempo sobre las condiciones en las que estas se obtuvieron. Dicho de otra manera, la escritura etnográfica es todavía un proceso de investigación, momento de entrelazamiento de los distintos procesos de escritura que se reencuentran en ella. Pone en relación intuiciones e incita al investigador a volver a verificar en el terreno, a recontactar a informadores para aclarar, discutir y confirmar algunos puntos del análisis. La escritura etnográfica reinicia fases de observación, pone a prueba categorías y razonamientos. Puede hacerlo porque previamente el etnógrafo ha reunido documentos –textos escritos y también objetos materiales, fotos, películas y toda suerte de huellas que el investigador analiza en tanto que corpus de datos. Puede también someter estos materiales a sus colegas como fuentes a partir de las cuales ha desarrollado su análisis –fuentes que los demás podrán examinar, criticar y visitar. Escribir es proseguir la investigación reordenando documentos, asociándolos con otros documentos producidos en otras investigaciones, intentando

⁴ Particularmente su libro *Les mots, la mort, les sorts* (Las palabras, la muerte y las hechizos) (1977), luego del cual vino *Corps à corps* (Cuerpo a cuerpo) (Favret-Saada y Contreras, 1981), donde profundiza aún más el análisis junto al psicoanalista Joséé Contreras. Finalmente, *Désorcèler* (Desembujar) (Favret-Saada, 2009), con el que culmina el proyecto.

verificar si las hipótesis que han sido formuladas hasta ahora pasan la prueba y dialogando, real o virtualmente, con públicos. El etnógrafo hace de sus incoherencias la fuente de nuevas preguntas. Integra las observaciones y críticas de los que leen los borradores o de sus auditores en conferencias. Escribiendo, también investiga.

Más allá del ‘aquí y ahora’ del orden de interacción

Un reproche común que se le hace a la etnografía es ser una ciencia social de lo minúsculo, un arte miniaturista, encerrada en un microanálisis de las pequeñas situaciones. Incapaz de abordar cosas serias, grandes estructuras sociales o grandes procesos históricos, así como las *big structures*, *large processes* y *huge comparisons* de Charles Tilly (1984), el etnógrafo, por tratar de alinearse con sus encuestados, terminaría por limitarse a los puntos de vista de estos. Este reproche da cuenta de dos problemas: en primer lugar, la cuestión de los puntos de continuidad y de ruptura entre la investigación etnográfica y la actitud natural de los encuestados. En segundo lugar, la cuestión de la capacidad de la etnografía para producir explicaciones e interpretaciones que trascienden el aquí y el ahora de la investigación. Profundicemos en estas críticas.

Con respecto al primer punto, ¿en qué consiste la *dialéctica del arraigo y del desgarramiento* de la investigación etnográfica? El etnógrafo se esfuerza por prestar atención a actividades situadas y por analizar el despliegue de socialidades, espacialidades y temporalidades *en situación*, y no sólo como la sombra de estructuras, normas o intereses preestablecidos. En vez de partir de un punto de vista desde arriba, el relato parte de las perspectivas de los encuestados (Schütz, 1961). Por ende, se centra en sus problemas, articula sus visiones, despliega sus soluciones y sus compromisos en procesos de cooperación y de competición los unos con los otros, de coproducción de un mundo común.

Sin embargo, si es que existe una asimetría entre la experiencia del investigador y la de los encuestados, esta se encuentra en el hecho de que el etnógrafo puede tomarse el tiempo que quiera y no está sometido a la urgencia práctica de acciones que debe realizar. Puede entonces destejer las apariencias, mostrar el trabajo práctico necesario para que todo sea hecho sin ni siquiera decirlo, sin cuestionamiento (Schütz, 1961; Garfinkel, 1967). La ‘realidad común’, considerada como evidente y compartida, es el producto de un trabajo cooperativo en el proceso de naturalización de lo que sucede en los contextos de la vida ordinaria. El etnógrafo, mientras aprende a controlar el sistema de coordenadas de los encuestados y a tener una comprensión interna, intenta ir en contra de esta coproducción de una actitud

natural y de una realidad obvia. Es el caso de Wieder (1974), quien analiza el 'código del detenido' mostrando los juegos de reglas que respetan implícitamente 'jóvenes delincuentes' de un centro de detención.

Tomarse el tiempo, darle tiempo al tiempo, no cerrar demasiado rápido la investigación ni el análisis, dejar que los datos se acumulen lentamente y sacar paulatinamente categorías e hipótesis, hasta tener un conocimiento del asunto tan fino como el de los encuestados (por ejemplo: ser tan familiar como los expertos de las escenas y del *backstage* en un conflicto sobre planificación territorial). Otra distinción es que el etnógrafo puede desplazarse entre diferentes puntos de acceso al terreno y, de este modo, puede constituir y comparar distintos corpus de datos. Puede circular entre diferentes magnitudes de escala (Revel, 1996) (por ejemplo: seguir secuencias de interacción algunos segundos o retrazar la historia de una organización a lo largo de varios años). Puede finalmente recurrir a diferentes herramientas de investigación (por ejemplo, describir la situación de puntos de vista, siempre plurales y conflictivos, de los encuestados. Y también revisar datos prosopográficos que ha recolectado en situaciones anteriores o hacer un análisis de redes de las posiciones respectivas en función de nuevos criterios). Las fases de observación se entrelazan con fases de entrevistas o de historias de vida, recolección de documentos o de archivos, o análisis cartográfico y estadístico (como es el caso en Chicago y Manchester). De esta manera, desarrolla una perspectiva secante en relación a la de los encuestados. El etnógrafo tiene una ventaja agregada: se apoya en saberes más o menos establecidos por investigaciones anteriores de otras disciplinas y, ya sea directa o analógicamente, las re trabaja según sus datos propios (por ejemplo: utiliza ideas provenientes de la geografía para analizar datos electorales). También, tiene a su favor el hecho de ser capaz de manejar una multiplicidad de visiones teóricas y herramientas analíticas (por ejemplo: recurrir a programas de análisis de redes para estudiar la circulación de ideas). Puede además usarlos como lentes para ver las cosas de otra manera (por ejemplo: utilizar la metáfora del texto o del teatro para ver desde otro enfoque situaciones sociales).

Además, el etnógrafo es casi siempre transportado a otros horizontes de experiencia. El trabajo de campo requiere necesariamente un momento de familiarización con personas, lugares, acciones e intrigas, pudiendo circunscribir un 'orden de interacción', poniendo entre paréntesis todo lo que trasciende a las situaciones de copresencia. Pero la situación en la que participa el etnógrafo –el aquí y el ahora– es también esclarecida gracias a un esfuerzo genealógico (en el tiempo) y comparativo (en el espacio). Por ejemplo, podemos seguir a comerciantes transfronterizos alrededor del Mediterráneo y recontextualizar situaciones observadas en relación a políticas migratorias, prácticas aduaneras, mercados

locales y redes mercantiles; así como también represiones policiales, contabilidades familiares y clientelismos políticos. Estos procesos los vamos reconstruyendo sistemáticamente y deben ser retomados desde el punto de vista de los encuestados. Podemos remontarnos a los movimientos islamistas del Líbano, a la historia de la organización y a la ideología de redes familiares, religiosas y políticas. Explorar el origen de las alianzas estratégicas de estos movimientos en el Líbano y fuera de él, y mostrar sus complicaciones con el conflicto israelí-palestino y la geopolítica del Medio Oriente, poniendo en perspectiva las experiencias recogidas en terreno con la memoria colectiva, la historia oficial y la historia profesional. Podemos investigar sobre las prácticas de urgencia médica y social que viven las personas sin domicilio, acompañarlas en sus rutas entre los centros de acogida y las ollas comunes entregadas por organizaciones de beneficencia, encontrar en la historia el inicio de estos modos de ayuda y de apoyo a las personas sin techo o seguir los dispositivos institucionales y jurídicos que comandan las acciones en terreno. Por último, un punto interesante sería también revelar cómo las opciones políticas o reglamentarias plasman la vida de los vagabundos día a día.

Mientras transcurre la situación, los encuestados se sienten tributarios de 'estructuras' y de 'procesos'. Saben que sus actividades están apremiadas por una suerte amplia de parámetros que ellos mismos mencionan. Producen descripciones, explicaciones e interpretaciones que esclarecen su experiencia actual. Justifican algunas de sus decisiones acercándolas a eventos alejados, reales o imaginarios, que han ocurrido en su historia, o a acciones que saben que, ocurridas en el otro extremo del mundo, tienen un impacto, directo o indirecto, en el contexto de sus vidas. Por ejemplo, citan precedentes que han abierto horizontes de comprensión aún pertinentes, hacen comparaciones, acercamientos o contrastes, o aún más, conectan lugares y momentos de acción local con otros de escalas mayores, que reproducen cadenas de interacciones de las que son parte (de causa a consecuencia, de mando y obediencia, de decisión en decisión...). Todos estos elementos son constitutivos del 'orden de interacción' que el etnógrafo puede estudiar, reabriendo la caja negra de determinaciones de los llamados procesos históricos y estructuras sociales.

Para poder tratar un caso como caso (*to case a case*), el etnógrafo debe buscar puntos de comparación, resituar tal caso en relación a otros, seguir a personas, innovaciones, informaciones o problemas que lo conduzcan a modificar el tamaño de la escala territorial o temporal. Todo el problema está entonces, ampliando y profundizando el campo de la investigación, en no proyectar indebidamente categorías e hipótesis exógenas sobre los datos del terreno, sino que realizar un trabajo *razonado* de generalización. En este sentido podemos distinguir varios casos,

desarrollados en el transcurso de la historia de las ciencias sociales. A continuación detallamos tres posibilidades.

Análisis de una situación social

La llamada ‘escuela de antropología de Manchester’, relacionada con el Rhodes Livingstone Institute (ver Werbner, 1984), establece conexiones entre series complejas de eventos, directamente observables en un espacio-tiempo limitado, y las organiza en una especie de secuencia cinematográfica corta, esta misma reveladora de una estructura social. El prototipo de esto es la inauguración del puente de Zululand en 1938, analizado por Gluckman (1958). En este trabajo el autor muestra cómo las personas de carne y hueso, observables y descriptibles, no están ahí a título personal, sino que encarnando grupos sociales. En este sentido, ellas ocupan un lugar en el espacio en parte debido a la organización del ritual, en parte por respectivas posiciones en la sociedad colonial. Esta ‘situación social’ es tomada como ejemplo, epicentro y emblema de la sociedad colonial de la época y de las relaciones que ligan en estos eventos diferentes categorías sociales: los Zulú y los colonos británicos forman grupos interdependientes en el seno de un mismo sistema social (Gluckman, 1958). Notemos que este tipo de *análisis de una situación* es antagónico al de Goffman, que esencialmente describe y analiza las escenas de copresencia para extraer una normatividad interna del orden de la interacción (Cefaï y Gardella, 2012) –aun cuando estas escenas son parte de momentos e instituciones sociales (Goffman, 1963).

Análisis de un proceso social

Este considera cada caso como etapa de un proceso de relaciones sociales que se están desarrollando, entre personas o grupos particulares en un sistema social y cultural. Integra una serie de situaciones sociales, no tanto en un territorio extendido o en relación a una vasta estructura, sino que en un período más largo. El análisis del puente de Zululand puede ser entonces retomado como un episodio, entre muchos otros, en la historia de larga duración que Gluckman aborda sobre los sucesivos equilibrios que ha conocido el sistema social de los Zulús, desde comienzos del siglo XIX hasta 1938 (Gluckman, 1940). Otro ejemplo famoso es la historia de E. Colson y T. Scudder sobre el desplazamiento y la reimplantación ecológica de los Gwenbe Tonga (Colson, 1971). Posteriormente a la construcción de

la represa Kariba en el Zambeze en 1959, la población fue reubicada en diferentes sitios y seguida, desde aquella época, por un equipo pluridisciplinario con el fin de observar las transformaciones económicas, demográficas, sociales y culturales vividas por estas comunidades, tomando como escala varios decenios. En este marco, Sally Falk Moore habla de la *etnografía procesual* que surge a partir de un ‘evento-diagnóstico’ (Moore, 1987). Esto implica desplazar el punto de vista, no pensar más en el presente sino que tomar distancia y ligar lo observable y lo descriptible con el pasado, y cruzar de este modo competencias antropológicas e históricas.

*Estudio de caso ampliado*⁵

Este permite aprehender los procesos sin eludir la complejidad de las configuraciones sociales. Da lugar a experimentaciones etnográficas, maduramente pensadas. La *extensión en el espacio* y la *extensión en el tiempo* son dos aspectos centrales implicados en este estudio de caso ampliado.

En cuanto a la *extensión en el espacio*, primero, diversos trabajos han conducido, como hemos visto, a un cuestionamiento del sitio etnográfico en tanto que territorio cerrado. Este cuestionamiento viene principalmente de la crítica de la etnografía de las comunidades insulares –que tomaba como unidad de investigación las islas Trobriand, en el caso de Malinowski (1922), o el Near North Side en Chicago, en el caso de Zorbaugh (1983). Este límite fue superado por el estudio de las dinámicas de mundialización –mercados globalizados, políticas internacionales, redes transnacionales de ONG y empresas multinacionales, flujos migratorios... El proyecto de una *etnografía multisituada*, formulada de manera programática por G. Marcus (1995), propone seguir los flujos de capitales, información, personas, mercancías, tecnologías, imaginarios... Por lo tanto, el terreno se vuelve móvil, el etnógrafo prospecta siguiendo distintas escalas y flujos que se extienden a veces por diferentes continentes y durante varios años. Se desplaza entre redes y sitios diferentes, con distintas paradas, que le permiten explorar más profundamente ciertos sitios preferenciales, elegidos en función de su interés estratégico.

En cuanto a la *extensión en el tiempo*, esta idea supone una relación entre etnografía e historia cada vez más central y prometedora. En Francia, por ejemplo, esta ha sido abordada por un grupo de investigadores que estudiaron las problemáticas ligadas al trabajo (Arborio, Cohen, Fournier, Hatzfeld, Lomba y Muller, 2008).

⁵ Existen distintas versiones que no deben ser superpuestas. Ver Van Velsen (1967) y Burawoy (1998).

Una noción que está hoy en boga es el *retorno de la etnografía* lanzada por Burawoy (2003). Esta concepción surgió durante su propia experiencia mientras estaba haciendo su tesis en una empresa en el Southside de Chicago que treinta años antes había sido estudiada por Donald Roy (2006). Burawoy abordó el asunto de la vuelta al terreno, pudiendo tener, según él, diferentes funciones analíticas. Gracias a una nueva visita etnográfica, el investigador puede retomar los procesos de transformación entre dos momentos dados y así puede reconsiderar la validez de los análisis; puede criticar y reconstruir un análisis, o simplemente refutar la etnografía de un predecesor.

¿Hacia una etnografía teórica?

Poco a poco surgen conexiones, ya sea con los encuestados o las que se imponen al investigador por las similitudes o analogías que él cree ver entre 'su' terreno y los terrenos descritos y analizados por otros.

La investigación etnográfica se despliega como una *espiral* que encuentra su punto de impulso en múltiples enigmas prácticos o teóricos que turban la comprensión del investigador, y que se desarrollan en el vaivén de múltiples operaciones de interacción, de observación y de registro, de muestreo, de codificación y de análisis (Cefaï, 2010).

Los elementos que definen un terreno –la circunscripción de sus límites espacio-temporales, el lugar asignado a los investigadores y a los encuestados, la configuración de un orden de pertinencia en cuanto a la observación y a la determinación de lo que vale como 'dato' y que tiene que estar incluido en el corpus– no son fijados a priori. El compromiso etnográfico requiere solamente tener una idea vaga de lo que se busca cuando se empieza 'un terreno'. Aunque estemos motivados por una interrogación inicial, descubrimos lo que buscamos solamente atravesando las pruebas de comprensión, familiarizándonos con los lugares y la gente, alternando los momentos de participación, de observación y de descripción, aprendiendo idiomas, acostumbrándonos a los usos y cumplimientos de rituales, haciendo preguntas, solicitando precisiones, captando nuevamente perspectivas. Todas las actividades se enlazan, a veces sin coherencias aparentes, pero progresivamente tienden hacia la resolución de problemas, de orden empírico y/o teórico, cuya formulación se precisa durante la investigación.

La situación de investigación puede ser entendida como una *dinámica de definición y de resolución de una situación problemática* (Dewey, 1938). Se constituye a partir de una turbación que suscita la curiosidad. Está motivada por una *capacidad*

de asombrarse. El deseo de comprender está atizado por las pruebas a las cuales el etnógrafo está sometido. A partir de esto, las opiniones discrepan. Un debate hace furor entre dos tesis que no atribuyen el mismo lugar a las pruebas teóricas.

Para los partidarios de un enfoque más emergentista, la teoría surge por inducción analítica (Katz, 1983, 2001a) en el curso de la investigación. El etnógrafo ignora a priori adónde va y, guiado por la sorpresa, orientado por los encuentros y eventos, crea poco a poco su ‘campo problemático’. Elabora preguntas congruentes con la experiencia de los encuestados y se niega a dar objetos directamente, sin preámbulo, ni precauciones, si no han sido indicados por el terreno. Este trabajo se lleva a cabo fuera del lugar de investigación: la *grounded theory* (Glaser, 1967) ha elaborado un método cualitativo de muestreo, de codificación y de análisis de datos ya estabilizados. Aun cuando fue criticada por su carácter positivista, la *grounded theory* impone un enfoque reflexivo, prohíbe las extrapolaciones prematuras, ancla las categorías en el proceso de investigación en vez de repatriarlas brutalmente desde otros universos teóricos y políticos (Cefai, 2012).

En el lado opuesto, para los partidarios de un enfoque más popperiano, la teoría tiene que ser formulada clara y rigurosamente al inicio de la investigación, organizando fuertes hipótesis derivadas de una axiomática, o ya verificadas en investigaciones anteriores. La investigación está concebida como un dispositivo de confirmación o de invalidación de estas hipótesis a través de propuestas relativas a hechos establecidos: la investigación permite recoger datos empíricos que van a posibilitar esta lógica de validación a través de conjeturas y refutaciones (Burawoy, 1998). Entonces, la minuciosidad en la observación y descripción no es un fin en sí mismo: los buenos datos son aquellos que van a permitir dar respuestas a preguntas, aceptarlas, afinarlas o abandonarlas, y que por lo tanto van a ayudar a reconstruir el edificio teórico agregándole pisos o reorganizando las piezas ya disponibles.

En la práctica, por supuesto, no es fácil clasificar un autor en uno u otro de estos enfoques: la precisión de la observación, la reflexividad en la investigación, la sutileza de la comprensión y la prudencia en la inferencia varían mucho según los estilos descriptivos y analíticos, y en un mismo autor, según sus investigaciones. Sin embargo, se puede tomar un camino de salida fuera de una posición que provoque demasiada tensión: la alternativa no está entre una etnografía reducida a una pura descripción o una etnografía orientada por una teoría dominante. Si las maneras de hacer, en la práctica, son muy diferentes, las dos fórmulas mantienen un cierto tipo de relación con la ‘teoría’.

Todos tenemos algo de teoría ‘en la cabeza’ cuando llegamos al terreno, y a ninguna persona razonable se le ocurriría negarlo. El problema es el estatuto de los modelos de análisis teórico, histórico, cartográfico o ecológico sobre los

cuales uno se apoya. Para retomar una distinción kantiana, si se trata de modelos *determinantes*, donde los términos del problema son conocidos de antemano, la etnografía tiene entonces un papel meramente ilustrativo: llena las casillas, provee ejemplos o casos contrarios. Si se trata de modelos reflexivos, apenas orientados por ‘conceptos de sensibilización’ (Blumer, 1969) y conjeturas abiertas, estos tienen una función completamente diferente. Orientan la mirada y el oído sin coaccionarlos. Alimentan la imaginación sin encasillarla en marcos preestablecidos (observar las interacciones sin hacer del interaccionismo un nuevo dogmatismo). Invitan a la exploración de nuevos sitios (seguir las circulaciones de objetos en vez de quedarse encerrado en una ‘comunidad aislada’) y de nuevas temporalidades (seguir los procesos revisitando las instituciones en vez de conformarse con un expeditivo sondeo sincrónico).⁶

Además, no es el mismo tipo de teoría que está en juego en los dos casos. En el caso del enfoque de Burawoy, se trata de producir una Gran teoría, de inspiración marxista en su caso, que profundiza también en diferentes dominios de la sociología y de la antropología, así como también de la economía, la ciencia política o la teoría crítica. De este modo, formula ideas fuertes que va a comprobar en el terreno. Por ejemplo, articula propuestas sacadas de la literatura sobre la transición postsocialista o sobre la globalización (Burawoy, Burton, Ferguson y Fox, 1991; Burawoy, 2000), que posteriormente afronta con su equipo de estudiantes de doctorado en terreno. Además de la defensa de una teoría fuerte, Burawoy tiene algo de ‘sociólogo militante’: es partidario de una sociología crítica, al servicio del público (Burawoy, 2007). Los conceptos de Burawoy se parecen a armas teóricas y políticas: son afilados, zanan en los materiales de terreno, están destinados a destruir los prejuicios y tienen como horizonte la emancipación de los más débiles.

Este tipo de teoría es extremadamente diferente a la de Donald Roy (2006), por ejemplo, que ilustra bien el enfoque inductivo. Las investigaciones de Roy se inscriben en un campo problemático que es el de los estudiantes de la Universidad de Chicago en el contexto de posguerra, que asisten a las clases de E. C. Hughes (1971), en el florilegio de etnografías del trabajo que se desarrollan ahí a fines de los años 1940 y comienzos de los años 1950 (Bulmer, 1984; Fine, 1995). Sus análisis sobre las relaciones en el campo laboral o sobre las formas de solidaridad obrera son menos ambiciosas que los de Burawoy, pero más matizados y delicados, y más cercanos a la experiencia de los obreros. Su preocupación primera es describir cuidadosamente situaciones y asegurarse de lo que va a demostrar gracias a una larga estadía en terreno.

⁶ Sobre este punto concuerdo con Glaeser (2004).

Los términos de este debate no deben ser rígidos: fijados de esta manera, le dan puntos de referencia al investigador que, en práctica, reflexiona sobre cómo le llegan los ‘datos’ y las ‘ideas’. La *grounded theory*, por ejemplo, combina una preocupación tanto por un enfoque inductivo como por una teoría general. Strauss y Glaser son los primeros en abordar la cuestión de los ‘contextos’ y de las ‘carreras’ de la muerte en el hospital (Strauss y Glaser, 1965). Se preguntan, fundándose en sus observaciones, cómo los enfermos, sus familiares, las enfermeras y los médicos dicen abiertamente, ocultan, sospechan o parecen ignorar (*‘closed’, ‘suspected’, ‘mutual pretense’, and ‘open awareness’*) informaciones relativas al estado del enfermo. Disgregando las situaciones en ‘variables controlables’, con el fin de obtener un ‘muestreo cualitativo’ y una ‘comparación continua’ (Strauss, 1987), los autores muestran similitudes y diferencias entre las situaciones, y, al mismo tiempo, posibilitan tipificaciones. Las idas y vueltas entre los datos de las observaciones y de las entrevistas son seguidas por un trabajo de codificación y categorización a partir del corpus de datos. Strauss y Glaser elaboran una ‘teoría sustancial’ de las relaciones en torno al paciente moribundo en el hospital, pero también pueden extrapolar y desarrollar una ‘teoría formal’ de los contextos de conciencia, explorando otros sitios de investigación (empresas, diplomacia, familias o espionaje). Su enfoque no es solamente abductivo e inductivo.⁷ La problemática de las ‘interacciones’ y de las ‘carreras’ de Strauss y Glaser no fue inventada a partir de la nada: su imaginación etnográfica estaba nutrida de la herencia de la sociología de Chicago, es decir, de las investigaciones ecológicas y organizacionales, desde Park hasta Hughes, y de las investigaciones de psicología social inspiradas por Mead.

Strauss y Glaser trabajaron además para el departamento de enfermería (*nursing*) en el seno de la escuela de medicina de la Universidad de California en San Francisco. Sus preguntas estaban relacionadas con la experiencia de los pacientes, de sus familiares, de los médicos y enfermeros. ¿Cuáles son las variaciones que se pueden observar entre lo que la gente dice y lo que hace? ¿La enfermedad del paciente es crónica o reciente? ¿Es dolorosa o no? ¿Existe o no un tratamiento médico? ¿El paciente se queda en el hospital o se vuelve a veces a casa? ¿Cuál es la táctica del médico en el caso de la fase terminal: decir la verdad u ocultarla? ¿El personal está de acuerdo con los riesgos de muerte? ¿Los parientes del paciente están informados o no? ¿Acompañan al paciente durante su convalecencia o están en una postura de negación? La categoría de ‘contextos de conciencia’ (*awareness contexts*) va acompañada de la inferencia de un cierto número de situaciones y guiones típicos y análisis de tácticas interaccionales relativos a la cama del moribundo. Ha tenido

⁷ Véase la crítica de Charmaz (2001) y Bryant y Charmaz (2007).

consecuencias prácticas: ha incitado a médicos y enfermeras a reflexionar sobre esta dimensión de su actividad profesional que hasta ese entonces era evidente, e incitó a los responsables del hospital a gestionar una organización de la institución que haga estas situaciones menos dolorosas.

Sea cual sea la fórmula elegida por el etnógrafo, la manera en que se relaciona (más o menos frontal y explícitamente) con experiencias teóricas ya establecidas, la manera en que incluye un cierto tipo de conceptos y conjeturas en sus procedimientos de investigación, y la manera en que aspira finalmente a producir análisis con alguna pretensión de generalización, permiten concluir que no es justo afirmar que la etnografía es ateórica. Es otra manera de hacer teoría, una manera que no es dogmática, en una dinámica que vincula las preguntas con los métodos que elegimos, los datos que recogemos y los problemas que resolvemos.

Reflexiones finales: por un pragmatismo etnográfico

La investigación no se termina una vez que un texto etnográfico ha sido escrito o publicado. La espiral de la investigación encuentra prolongaciones y resurgimientos imprevisibles en las actividades de *difusión* de sus resultados. Sigue creciendo durante el proceso de *recepción*, y de todas las operaciones de *apropiación* y *aplicación* que se le dan (Gadamer, 1993). A veces, hace emerger públicos –público de recepción estética de un libro o de una película etnográfica; público de apropiación de la etnografía como un arma estratégica; público de aplicación de medidas políticas inferidas del análisis etnográfico; público de crítica de los resultados de la investigación, yendo de la aceptación al rechazo. Puede ofrecer acciones frente a las políticas de regulación demográfica, de planificación urbana, de desarrollo económico, de integración intercultural o de reforma pedagógica: puede aportar al servicio de la acción pública, aunque a primera vista su densidad la perjudica en relación a enfoques modeladores y estadísticos.

La problemática de la recepción se plantea de varias maneras:

a. ¿Cómo presentar los resultados a los encuestados? ¿Qué les podemos decir y qué es lo que tenemos que ocultar? ¿Cómo hacer para no provocar daño entre los encuestados? Este cuestionamiento se hace como prolongación de las operaciones de investigación, donde el investigador siempre tiene que preocuparse de las consecuencias de lo que hace y de lo que dice en terreno. ¿Podemos mostrar los disfuncionamientos de una organización, describir los actos ilegales o inmorales cometidos por individuos, ensuciar la reputación de una corporación profesional o de una comunidad étnica? ¿Acaso hay que privilegiar a toda costa la descripción de

lo que hemos podido ver o a veces tenemos que abstenernos de mostrar demasiado? La etnografía no es un informe de investigación, presentando un conocimiento objetivo: como cualquier acto discursivo, la anticipación de las consecuencias que va a producir tiene que estar considerada en el trabajo de escritura.

b. Algunos de estos problemas están catalogados en códigos deontológicos (Cefai, 2009) que fueron propuestos para regular las prácticas etnográficas. Varias críticas han surgido. Los formularios de consentimiento, destinados a prevenir a los encuestados sobre el sentido de la investigación tienen un diseño contractual de la relación entre investigadores y encuestados, e ignoran el hecho de que en una etnografía no se sabe de antemano hacia dónde se va ni qué se busca exactamente, y las relaciones afectivas y éticas se mezclan con una dinámica temporal, siendo lo imprevisible característico de este proceso. La idea estrecha que tienen de la investigación ciertos *institutional review boards* sanciona sistemáticamente los proyectos de investigación etnográfica, que no son comprensibles por los marcos de evaluación de los investigadores clínicos o cuantitativos. Los códigos deontológicos tienen el mérito de cuestionar los riesgos inherentes a la investigación, pero lo hacen sin tomar en cuenta las especificidades del enfoque etnográfico.

c. Un tercer punto tiene que ver con las relaciones con quienes financian, con *sponsors*, auspiciadores privados o públicos. Cada vez más, el etnógrafo debe actuar como experto o abogado, analista o comentarista. Se espera de él que entregue información que permita tomar decisiones (judiciarias, administrativas, políticas...). Por lo tanto, contribuye al diseño de programas de desarrollo, de políticas públicas o de legislaciones internacionales (Bensa y Fassin, 2008). Cuando es llevado a conocer la condición de las poblaciones vulnerables, describir sus modos de vida o contar sus narraciones biográficas, a menudo lo hace apoyando y defendiendo los derechos de estas poblaciones. Deja entonces la arena universitaria, en el estricto sentido del término, para circular en arenas de acción colectiva o de acción pública.

Estas tensiones que hemos mencionado como parte de la práctica etnográfica parecen a primera vista insolubles. El investigador tiene que seguir con el proyecto científico que consiste en establecer hechos, documentar relaciones de causalidad, dibujar cartografías del mundo social, dar cuenta de situaciones sociales. Pero no estudia colonias de paramecios: una buena parte del sentido que hay que restituir mantiene una relación de préstamo distanciado o de diálogo reflexivo con los contextos de experiencia de los encuestados. A esta deuda se agrega otra: la etnografía no está encerrada en sí misma, sino que se dirige a públicos, más o menos concernidos, que van a hacer algo de ella –incluso auditorios de lectores que no son más que los mismos encuestados. Esta especie de Cinta de Moebius que Paul Ricœur llamaba ‘triple mimesis’ (Ricœur, 1983) está entonces encerrada.

Debemos asumir que no podemos alcanzar la simetría soñada por algunos de los investigadores y encuestados, puestos en un mismo nivel –así como lo indica el co- de la co-firma, promovida por perspectivas dialógicas, inspiradas de Mikhail Bakhtine (Todorov, 1981), o el de la co-participación, puesta en obra por los promotores de la democracia técnica. Debemos entonces tomar en cuenta las múltiples fórmulas de la sociología crítica o pública, de la antropología aplicada o implicada de las que se inspira hoy en día la investigación etnográfica. Es lo que hemos querido decir al elaborar la noción de ‘pragmatismo etnográfico’ (Cefaï, 2010b).

Se vuelve imposible disociar las actividades de investigación, publicación, vulgarización, experticia y evaluación, o, en todo caso, estas actividades que no obedecen a las mismas reglas y que no tienen las mismas finalidades ni los mismos destinatarios, tienden a interrelacionarse. La reflexividad del trabajo de campo no puede ya satisfacerse con declaraciones de intención sobre la neutralidad axiológica, mal comprendida como imperativo de disociación absoluta de la ciencia y la política. Es cada vez más difícil pretender establecer hechos sin enfrentarse a otros procedimientos de factualización en vigor en el mundo social, los que benefician de credibilidad oficial y los que se proponen como perspectivas alternativas; y toda descripción es irremediabilmente portadora de problemas normativos, tanto por las estrategias de narración que adopta como por las estrategias de recepción que suscita. El etnógrafo se encuentra cada vez más en situaciones que hacen *problemática la dialéctica del compromiso y de la distanciaci3n*. Esto, sin embargo, no significa que haya que renunciar a ideas reguladoras de objetividad e imparcialidad, pero cada uno est3 restringido, en la pr3ctica, a enmendar la f3rmula cl3sica y repensar en el contexto de una comunidad, en donde los encuestados tienen el derecho y el poder de transformarse ellos mismos en investigadores. (Cefaï, 2010b, p. 592)

Sin renunciar al potencial de la investigaci3n cient3fica, el etn3grafo experimenta nuevas formas de compromiso. Un compromiso en la investigaci3n (*engagement dans l'enqu4te*) que no es sino lo que preconizaba el pragmatismo de John Dewey (1927).

Recibido septiembre 16, 2013
Aceptado diciembre 4, 2013

Referencias bibliogr3ficas

- Arborio, A.-M., Cohen, Y., Fournier, P., Hatzfeld, N., Lomba, C., Muller, S., eds. (2008). *Observer le travail. Histoire, ethnographie, approches combin3es*. Paris: La D3couverte.

- Atkinson, P. (1990). *The Ethnographic Imagination: Textual Constructions of Reality*. New York: Routledge.
- Bensa, A., Fassin, D., eds. (2008). *Les politiques de l'enquête. Épreuves ethnographiques*. Paris: La Découverte.
- Bulmer, M. (1984). *The Chicago School of Sociology: Institutionalization, Diversity, and the Rise of Sociological Research*. Chicago: University of Chicago Press.
- Blumer, H. (1969). *Symbolic Interactionism*. Berkeley: University of California Press.
- Bryant, A., Charmaz, K., eds. (2007). *The SAGE Handbook of Grounded Theory*. Thousand Oaks: Sage.
- Burawoy, M. (1979). *Manufacturing Consent*. Chicago: University of Chicago Press.
- _____ (1998). The extended case method. *Sociological Theory* 16 (1), 4-33.
- _____ (2000). *Global Ethnography: Forces, Connections, and Imaginations in a Postmodern World*. Berkeley: University of California Press.
- _____ (2003). Revisits: A Turn to Reflexive Anthropology, *American Sociological Review* 68, 645-679.
- _____ (2007). The Field of Sociology: Its power and its promise. En Clawson et al. (eds.), *Public Sociology: Fifteen Eminent Sociologists Debate Politics and the Profession in the Twenty-First Century* (pp. 241-258). Berkeley: University of California Press.
- Burawoy, M., Burton, A., Ferguson, A. A., Fox, K. J. (1991). *Ethnography Unbound: Power and Resistance in the Modern Metropolis*. Berkeley: University of California Press.
- Cefai, D. (2003). *L'Enquête de terrain*. Paris: La Découverte, 2003.
- _____ (2010a). *L'Engagement ethnographique*. Paris: Éditions de l'École des hautes études en sciences sociales.
- _____ (2010b). L'expérience ethnographique, l'enquête et ses publics. En D. Cefai, *L'Engagement ethnographique* (pp. 547-598). Paris: Editions de l'EHESS.
- _____ (2012). Comment généralise-t-on? Chronique d'une ethnographie de l'urgence sociale. En E. Désveaux, M. de Fornel (eds), *Faire des sciences sociales. Généraliser* (pp. 31-58). Paris: Editions de l'EHESS.
- Cefai, D., Costey, P. (2009). Codifier L'engagement Ethnographique? - La Vie Des Idées. Retrieved January 1, 2014 Disponible en <http://www.laviedesidees.fr/Codifier-l-engagement.html>.
- Cefai, D., Gardella, E. (2012). Comment analyser une situation? De *Frame Analysis* à *Forms of Talk*. En L. Perreau, D. Cefai (eds), *Erving Goffman et l'ordre de l'interaction* (pp. 230-263). Paris: PUF.
- Charmaz, K. (2001). Grounded Theory. En R. M. Emerson, *Contemporary Field Research: Perspectives and Formulations* (pp. 335-360). Prospect Heights, Ill.: Waveland.
- Clifford, J. (1983). On Ethnographic Authority. *Representations*, Vol. 1 (2), 118-146.
- Colson, E. (1971). *The Social Consequences of Resettlement: The Impact of the Kariba Resettlement*

- upon the Gwembe Tonga*. Institute for African Studies, University of Zambia: Manchester University Press.
- Dewey, J. (1927). *The Public and Its Problems*. New York: Henry Holt.
- (1938). *Logic: The Theory of Inquiry*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Favret-Saada, J. (1977). *Les mots, la mort, les sorts. La sorcellerie dans le bocage*. Paris: Gallimard.
- (2009). *Désorcèler*. Paris: Editions de l'Olivier.
- Favret-Saada, J., Contreras, J. (1981). *Corps pour corps. Enquête sur la sorcellerie dans le bocage*. Paris: Gallimard.
- Fine, G. A. (1995). *A Second Chicago School? The Development of a Postwar American Sociology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Gadamer, H.-G. (1993). *Verdad y método*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Garfinkel, H. (1967). *Studies in Ethnomethodology*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Geertz, C. (1973). Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture. En *The Interpretation of Cultures* (pp.3-30). New York: Basic Books.
- (1988). *Works and Lives: The Anthropologist as Author*. Stanford: Stanford University Press.
- Glaeser, A., (2004). Theory by Way of Ethnography. *Perspectives. Newsletter of the ASA Theory Section*, Vol. 27 (1).
- Glaser, B., Strauss, A. (1967). *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*. New Brunswick (U.S.A.): Aldine (reed: Transaction).
- Gluckman, M. (1958). *Analysis of a Social Situation in Modern Zululand*. Rhodes-Livingstone Institute: Manchester University Press.
- (1940). The Kingdom of the Zulu of South Africa. En M. Fortes, E. E. Evans-Pritchard (eds.), *African Political Systems* (pp. 25-55). London: Oxford University Press.
- Goffman, E. (1963). *Behavior in Public Places*. New York: Free Press.
- (1963). *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity*. New York: Simon and Schuster.
- Gusfield, J. (1981). *The Culture of Public Problems*. Chicago: University of Chicago.
- (2000). *Performing Action: Artistry in Human Behavior and Social Research*. New Brunswick: Transaction.
- Hughes, E. C. (1971). *The Sociological Eye*. Chicago: Aldine.
- Katz, J. (1983). A Theory of Qualitative Methodology: The Social System of Analytic Fieldwork. En R. M. Emerson (ed.), *Contemporary Field Research: A Collection of Readings* (pp. 127-148). Boston: Little, Brown.
- (2001a). Analytic Induction. En N. J. Smelser, P. B. Baltes (eds.), *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences* (pp. 480-484). Amsterdam, Elsevier, Vol. 17.
- (2001b). From How to Why: Luminous Description and Causal Inference in Ethnography (Part I). *Ethnography*, Vol. 2 (4), 443-473.

- _____ (2002). From How to Why: Luminous Description and Causal Inference in Ethnography (Part II). *Ethnography*, Vol. 3 (1), pp. 63-90.
- Lofland, J., Snow, D., Anderson, L., Lofland, L. (1994). *Analyzing Social Settings: A Guide to Qualitative Observation and Analysis*. Belmont: Wadsworth.
- Malinowski, B. (1922). *Argonauts of the Western Pacific: An Account of Native Enterprise and Adventure in the Archipelagoes of Melanesian New Guinea*. London: Routledge.
- _____ (1967). *A Diary in the Strict Sense of the Term*. New York: Harcourt, Brace & World.
- Marcus, G. (1995). Ethnography In/ Of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography. *Annual Review of Anthropology* 24, 95-117.
- Marcus, G., Clifford, J., eds. (1986). *Writing Culture*. Berkeley: University of Berkeley Press.
- Moore, S.F. (1987). Explaining the Present: Theoretical Dilemmas in Processual Ethnography, *American Ethnologist* 14 (4), 727-736.
- Revel, J., ed. (1996). *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*. Paris: Gallimard-Le Seuil.
- Ricœur, P. (1983). *Temps et récit*, Vol. 1. Paris: Seuil.
- Roy, D. (2006). *Un sociologue à l'usine*. Paris: La Découverte.
- Sanjek, R., eds., (1990). *Fieldnotes: The Makings of Anthropology*. Ithaca: Cornell University Press.
- Schütz, A. (1961). Common-Sense and Scientific Interpretation of Human Action. En M. A. Natanson, H. L. van Breda (eds.), *Collected Papers I: The Problem of Social Reality*(pp. 3-94). Den Haag: Martinus Nijhoff.
- Strauss, A. (1987). *Qualitative Analysis for Social Scientists*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Strauss, A., Glaser, B. (1965). *Awareness of Dying*. Chicago: Aldine.
- Tilly, C. (1984). *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*. New York: Russel Sage Foundation.
- Todorov, T. (1981). *Michael Bakhtine. Le principe dialogique*. Paris: Seuil
- Van Velsen, J. (1967). The Extended Case Method and Situational Analysis. En A. I. Epstein (ed.), *The Craft of Urban Anthropology* (pp. 29-53). London: Tavistock.
- Werbner, R. P. (1984). The Manchester School in South-Central Africa. *Annual Review of Anthropology* 13, 157-185.
- Wieder, D. L. (1974). *Language and Social Reality: The Case of Telling the Convict Code*. Den Haag: Mouton.
- Zorbaugh, H. W. (1983). *The Gold Coast and the Slum: A Sociological Study of Chicago's Near North Side*. Chicago: University of Chicago Press.